

| DATOS GENERALES DEL ESTUDIANTE | |
|---|----------------------|
| Nombre estudiante: Aníbal Vásquez Ochoa | Código ID: 000397531 |
| Programa académico: Especialización en Educación y Sagrada Escritura | Semestre: II |
| Tema: El mundo de la salud y de la enfermedad como lugar donde sucede el reino de Dios. Un ejemplo desde Lucas 10, 1-11 | |

*El Señor nos llama a hacer realidad su promesa de consuelo
a los enfermos y su protección a los desamparados,
como primicia de una vida más plena.
(Aparecida, N. 417)*

RESUMEN

Este trabajo se orienta a la luz de la Palabra del Señor en sus acciones curativas gracias a su amor y compasión como Dios y como hombre para con los enfermos, los débiles, los humildes y pecadores, anunciando la Buena Nueva del reino para estar con Él e ir delante de Él. Así, el itinerario de Jesús es salvar al ser humano integralmente, y como buen educador no le es suficiente enseñar a quienes le siguen, sino también exigirles cooperen con su trabajo. De ahí que los apóstoles deberán proclamar su fe y obrar curaciones como su Maestro (cf. Jn 14, 12). Por eso se hace necesaria la presencia de un texto evangélico que nos ayude a comprender el poder sanador de Dios que ilumina el enigma de la enfermedad a partir de la elección de más discípulos en Lc 10, 1-11, y que en la actualidad se lleve vida y salud al enfermo y a quienes le rodean, para seguir el mandato de Cristo salvador con su reino que se ha hecho patente desde su vida pública y en los acontecimientos de la historia hasta nuestros días.

Keywords: God's Kingdom, Disciples, Sick, Health Pastoral, Pandemic.

ABSTRACT

This article enlightens, the healing actions of Jesus present in the Word of the Lord, specifically those actions where He show his love and compassion as God and as a man to the sick, the weak, the humble and sinners, who through the announcement of the Good

News of the kingdom, receive and invitation to be with Him and go before Him. Thus Jesus' itinerary is to save the human being integrally, and as a good educator it is not enough for him to teach those who follow him, but also to demand that they cooperate with his work. Hence the apostles must proclaim their faith and work healing as their Master (cf. Jn 14:12). That is why it is necessary the presence of an evangelical text that helps us to understand the healing power of God that illuminates the enigma of disease from the election of more disciples in Lk 10:1-11, and that today brings life and health to the sick and those around him, to follow the command of Christ the Savior with his kingdom that has become evident from his public life, in the events of history to the present day.

Palabras claves: God's Kingdom, Disciples, Sick, Health Pastoral, Pandemic.

INTRODUCCIÓN

El objetivo de este escrito es identificar la acción curativa y salvadora de Jesús en el marco del anuncio del reino de Dios que presentan los evangelios, en especial desde el pasaje de Lc 10, 1-11, donde se pone en evidencia que la buena noticia es medicina que sana el cuerpo, devuelve la vida y ofrece la salvación. El texto escogido recuerda que la enfermedad es un lugar teológico, es decir, una situación donde también acontece el reino de Dios en medio del dolor que puede aproximarse a la muerte. De ahí que es preciso indicar que la misión incluye la atención a los enfermos con la finalidad de acompañarles y generar todas las acciones posibles para su sanación, de tal suerte que las personas puedan recuperar su vida de manera integral a través de una sanación tanto corporal como espiritual.

Jesús quiere una salvación para los más vulnerables, de hecho, el modo más adecuado de centrar su reino es haciendo un llamado a la conversión del hombre, para que éste se convierta en garante de paz, de justicia y de curación para el abatido y desasistido. Jesús, el Maestro que comió con los pecadores y que visitó casas donde había enfermos (“cuando entréis en una ciudad, curad a los enfermos que haya en ella y decid: Ya os llega el reino de Dios” (Lc 10, 8-9)), nos invita a atender las situaciones de la vida cotidiana

donde la enfermedad es una realidad latente, de tal modo que nos ocupemos de buscar la sanación de los enfermos, pues en la enfermedad también tiene lugar el reino de Dios.

Jesús en su ministerio profético realiza una tarea en la cual todos estamos invitados a entrar en la ciudad y cumplir con una responsabilidad curativa y liberadora en favor de los demás, de tal manera que el reino de Dios siga siendo efectivo en medio de los que sufren. Por ello este trabajo presentará la acción de Jesús en el mundo de los enfermos como modelo inspirador para sus seguidores, unos que den lugar a su reino.

Este artículo tendrá su desarrollo a través del concepto de Cristo como Médico Integral y otros textos que muestran la preocupación y el entrañable amor de Jesús por el enfermo desde el Espíritu de Dios infundido en sus apóstoles para sanar, además del contexto actual en que seguimos llamados a servir a los enfermos, anunciando a los demás el modo de servirles según Cristo, en su vida cotidiana, al convocar más discípulos y apóstoles en la planta de la caridad sembrada en nuestros corazones, pues para el discípulo misionero, la solidaridad con los débiles es un lugar teológico: “Les aseguro que siempre que ustedes lo hicieron con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicieron” (Mt 25, 40). Empero, para Jesús los enfermos no son sólo objeto de compasión o de sanidad, sino protagonistas del Reino, anunciadores de la Buena Nueva.

1. ANÁLISIS TEXTUAL

Según la Biblia Latinoamérica, Lucas recuerda una misión por parte de Jesús acerca de los Setenta y dos, posterior a la de los doce discípulos. En el texto la referencia a los 72 podría indicar un gran número de elegidos (incluidas las naciones paganas), incluso esa referencia numérica también está indicando la necesidad de colaboradores en la ardua tarea de anunciar el reino (Dios pide a Moisés que elija setenta ancianos, para que le ayuden en su labor de guía del pueblo (cf. Nm 11, 16). Esta misión prefigura la tarea como discípulos y misioneros, así como el compromiso que cada creyente debe asumir en su configuración con el Mesías, maestro y médico de los enfermos, que se instala desde las comunidades primitivas y de ahí hasta la Iglesia, y que recibe también la tarea de evangelizar a todas las naciones.

En la cantidad de designados para la misión ante el mundo, más que una situación, hay una descripción de esa abundancia de elegidos frente a los que, en verdad, en un primer momento del texto, pueden comprometerse: “La cosecha es abundante, pero los obreros son pocos” (cf. Lc 10, 2). Sin asumir que la abundante cosecha se pierde, el Evangelio podría multiplicar el gran número de personas para invitar a ser vigilantes. Lucas estaría indicando que, si bien todos pueden recibir la salvación de Dios en Jesús, hay un encargo especial para quienes desean vivir una experiencia más íntima con Cristo. De ahí que todo aquel que configura su vida con Cristo se siente llamado a la misión, y esa misión, en este caso particular, implica un cuidado especial a los enfermos.

Por lo anterior se va extendiendo la evangelización por más ciudades y, en adelante, lo que era promesa de muerte se convertirá en vida. De este modo, Lucas se centra en una misión por parte de Jesús para anunciar ante el mundo el reino de Dios y hacer cumplir el mismo con hechos de curación y con el anuncio de la paz, aunque la enfermedad esté drásticamente presente. Sin embargo, no todos los enfermos son curados físicamente, y ante esto el Evangelio será una gran enseñanza para saber que el mundo de la salud es holístico e integral en la vida del ser humano; que no sólo se trata de una sanación física sino de un encuentro con Dios, teniendo la capacidad de contar con el presupuesto de la fe en el reino de Dios, ya sea para recuperarse físicamente, o ayudar a preparar al enfermo hacia un encuentro definitivo con Dios Padre.

Ahora bien, el texto también propone no ir de casa en casa con provisiones, al menos no con tantas, ya que distraerá a los discípulos llevándoles a perder el horizonte, por ejemplo: si se quedan conversando o piden hospitalidad sólo a los amigos (cf. Mt 5, 47) que en realidad no han acogido el reino. Más bien contar con la providencia del Padre será la mejor manera de abandonarse a Dios, pero no quedándose acomodados de brazos cruzados, sino una providencia divina que les ayude a hacer memoria, recordando así las maravillas que les ha hecho Dios como pueblo, como hijos suyos en el mundo, en medio de lobos (cf. Lc 10, 3; Mt 10, 16). Él les abrirá el corazón y hará que vayan a casas donde el dolor por la enfermedad y la muerte son desconocidos, pues si no han hecho experiencia con Jesús, ¿cómo podrían ser fuertes y dar ánimo y consuelo ante el flagelo de la enfermedad?

Al enviarlos de dos en dos significaría que conserven un testimonio en común ante las ciudades y, al extenderse el Evangelio por los confines de la tierra, ante el mundo. Por tanto, la misión es un acto de unión, de comunidad, no es dispersada, para así poder alentar al abatido o al enfermo que pueda recuperar su salud espiritual y, por ende, física, en cuanto que la primera podría ser bienestar para la segunda y ser una cura definitiva para el alma. No obstante, la comunidad debe estar preocupada por transmitir su experiencia, por sentirse cada uno santificado al visitar a un enfermo de tal manera que en ese lugar de discipulado y de mundo, o proceso Salud-Enfermedad, pueda encontrarse con la salvación de Cristo, médico de los cuerpos y de las almas, porque “ahora se estableció la salud y el poderío, el reinado de nuestro Dios y la potestad de su Cristo” (Ap 12, 10).

Dado que el primer fruto de la resurrección de Cristo es la paz (mencionada anticipadamente en Lc 10, 5b), “sopló sobre ellos y les dijo: ‘Reciban el Espíritu Santo’” (Jn 20, 22), hemos de acoger esta gracia del Espíritu como algo saludable que da sosiego al alma, que descarga de los pecados y libera del mal. Esa será la respuesta del enviado por Cristo en el lugar de la situación de enfermedad donde sucede el reino de Dios: “¡La paz sea en esta casa!” (Lc 10, 5b). El enviado no viene a discutir ni a exigir la conversión a una religión, por el contrario, lo que realiza es una pastoral de acompañamiento con el hermano que sufre por el dolor emocional, físico, espiritual, personal, familiar y social. Con este acompañamiento el discípulo podrá escuchar, conocer y amar a los que visita. Gracias a esa disponibilidad para ir al otro, acompañando y escuchando, es lo que hará posible el reino de Dios entre ellos.

La paz que trae Jesús en el mundo de los enfermos expresa una completa cercanía divina y humana tanto de gloria celestial en su poder y majestuosidad por los signos de curación, como también de compasión que, como hombre, siente en la tierra hacia sus semejantes. Así lo hace con los leprosos, los tartamudos, los desvalidos, los considerados locos, con los hombres y las mujeres que no tienen apertura al camino de la vida. Precisamente dice Pagola (2004) que cuando Jesús entra en una región, “su mundo preferido es ese submundo de los enfermos a los que se les niega la dignidad y los derechos humanos mínimos sin los cuales la vida no puede ser considerada humana” (p. 9). A los enfermos que padecen por el dolor físico y el desprecio de los suyos y la sociedad, Jesús les

restablece la vida y los invita a una experiencia discipular, porque, aunque el texto nunca dice que los llamó, sino que los curaba, con seguridad todo aquel que tiene una experiencia sanadora en el marco del anuncio del reino de Dios, se convertirá en otro discípulo más que con seguridad dará testimonio de lo que ha acontecido en él.

Sin embargo, cuando Lucas, en 10, 8, menciona sanar a los enfermos, Jesús no vino a dar la salud a todos, sino a traer la salvación (cf. Ap 12, 10) a través del sufrimiento en la cruz. Sufrimiento redimido de forma integral en el hombre, y aquí es donde podemos llamar a Jesús un misericordioso Médico Integral, de tal modo que el ser humano pueda alegrarse de su salvación completa. Porque, si no es curado en la tierra, al gozar de los bienes eternos, el dolor y la enfermedad también participan de la redención en Cristo en el encuentro definitivo con el Padre, generando salud para el alma, y no sólo para el cuerpo redimido. Y es que Cristo se declaró médico de los enfermos, por eso dijo: “He venido por los enfermos, no por los sanos” (Mt 9, 13). Él no sólo es sensible a todo sufrimiento humano, sino que se identifica con el necesitado: el que tiene hambre, frío, el que está enfermo, y hace del compromiso con el reino de Dios un criterio de salvación: “¡Vengan, benditos de mi Padre!” (cf. Mt 25, 31-46).

Como elemento final de este análisis, está considerar la recomendación de Jesús a sus discípulos: “Sanen a los enfermos, gratis habéis recibido, gratis dad” (Mt 10, 8; Lc 10, 9). Esto indica que la misión de acompañar a los enfermos es un acto de amor y caridad, por eso se hace gratuitamente, porque el único interés es la sanación del enfermo. De ahí que cuidar también implica amar. Ya decía Madre Teresa de Calcuta que darse a los demás nos da alegría (1978). Al anunciar el reino de Dios desde su dimensión sanadora también está la invitación de Jesús de resucitar muertos, purificar leprosos, expulsar demonios (cf. Mt 10, 8). En efecto, el reino de Dios es algo integral, porque así como Jesús está interesado en que todos escuchen la buena noticia, también quiere un cuidado especial por los enfermos, los dominados por el mal e incluso a los difuntos darles vida eterna.

Aunque la enfermedad se torna como un huésped incómodo que provoca reacciones en el enfermo, rebeldía ante la enfermedad, o, por el contrario, aceptación de la misma, introspección de la vida interior en las acciones pasadas, búsqueda de la reconciliación, pensamiento acerca del morir, y por esto último la persona se va reconciliando con la vida y

con sus seres queridos y allegados, etc., ante esto hay una sanación integral del ser humano en cuanto se está curando también en sus emociones, en sus afectos y no sólo en el cuerpo. De ahí que Jesús quiere salvar al hombre integralmente, ya que, si el sufrimiento hace parte del ser humano, es también el sufrimiento lo que Dios redime, es decir, lo transforma también a una vida u orden sobrenatural al darle valor de redención. En palabras de Guerro, A. (2016): “No pudo hacerse con nuestro amor, pero se hizo con nuestro dolor” (pp. 8-9).

2. ANÁLISIS HISTÓRICO-CULTURAL

En el Antiguo Testamento se consideraba la enfermedad como una posesión maléfica o enviada por dioses que estaban enojados contra la sociedad de la época. Por ello, para obtener la salud se realizaban ritos de exorcismos para expulsar a los demonios y se suplicaba a los dioses piedad a través de sacrificios. De este modo, la medicina se atribuía a los sacerdotes y no faltaba la práctica de la magia, aunque también existían los médicos. La enfermedad, entonces, se daba en las personas como un estado de flaqueza y debilidad que tenía una fuerte relación con el pecado, lo que excluía de la vida tanto litúrgica-cultural como de la vida social. Pero con Cristo, cumplido el tiempo como plenitud (cf. Gal 4, 4-5) se ha hecho presente la salvación. Y aunque con Él ha llegado una vida nueva, podría decirse que, a pesar de la ruptura del cristianismo con esta creencia del Antiguo Testamento, en la actualidad esa percepción no ha cambiado mucho.

Quizá la respuesta más cercana de Jesús a esta situación, en palabras del Evangelio de Juan, sobre la mentalidad de que la enfermedad es exclusivamente consecuencia del pecado, cuando ve pasar a un ciego de nacimiento, a lo que sus discípulos le preguntan, la encontramos en Juan 9, 2-5:

“Rabí, ¿quién pecó, él o sus padres, para que haya nacido ciego?”. Respondió Jesús: “Ni él pecó ni sus padres; es para que se manifiesten en él las obras de Dios. Tenemos que trabajar en las obras del que me ha enviado mientras es de día; llega la noche cuando nadie puede trabajar. Mientras estoy en el mundo soy luz del mundo”.

Con estas palabras de Jesús se hace evidente la ruptura de una concepción negativa frente a la enfermedad, para ofrecer una visión positiva de la misma (un lugar donde acontece el reino de Dios). Asimismo, la enseñanza de Jesús trae esperanza y paz a los

enfermos y a su vez ofrece un imperativo para sus seguidores, que a ejemplo de Él ellos deben hacer las obras de Dios en pleno día, de tal suerte que así den testimonio discipular con la misión de acompañamiento a los enfermos, para que cuando llegue la noche, se tenga la satisfacción del trabajo realizado en el servicio a Dios y al prójimo.

Aunque el concepto más antiguo de la enfermedad en la Biblia tiene relación con lo que se denomina pecado social: propiamente se llama pecado colectivo atribuido a un grupo por el pecado que se vuelve viral desde alguno de sus miembros. Así nos lo muestra el texto de Éxodo: “Porque yo, Yahveh, soy un Dios celoso, que castigo la iniquidad de los padres en los hijos hasta la tercera generación de los que me odian, pero tengo misericordia por mil generaciones con los que me aman y guardan mis mandamientos” (cf. Ex 20, 5-6). Hemos de recordar las palabras que resalta el evangelista sobre Jesús hablándole a Judas (no el Iscariote): “Si alguno me ama, guardará mi Palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él, y haremos morada en él” (Jn 14, 23).

Instaurando el reino de Dios a través de las obras iluminadas por Cristo en las jornadas del día y de la noche, la primera designa un gran compromiso de apostolado a partir del llamado de Dios, a sanar y liberar de todo aquello que produce enfermedad: el odio, la división, la opresión social, la exclusión; a devolver la salud integral que Jesús quiso con los enfermos, no sólo la sanación física, sino también la reconciliación consigo mismo y con los demás, para contar con el mismo testimonio de vida las maravillas de Dios para con su pueblo (cf. Sal 105, 1-5). Y la segunda, la noche, implica el receso para recibir un nuevo día lleno de obras de Dios, como cuando Jesús pide descansar un poco después de cumplir con el bien realizado por el reino de los cielos (cf. Mt 11, 28-30).

Algunas citas bíblicas suplicantes ante las enfermedades se refieren a lesiones de la piel, fracturas con heridas, fiebre y agitación, entre ellas los Salmos 6, 32, 38, 39, 88, 102. Aunque son enfermedades físicas, es decir, se ven porque son obvias, no falta en el mundo bíblico quien atribuya a Dios la causa de la enfermedad divina (especialmente el Antiguo Testamento), entonces la sanación también debiera serlo. Es por ello que el verdadero creyente, sintiéndose cercano al Dios de la vida, y más aún, habiendo sentido el llamado a seguirle con compromiso, recurre a la oración y a la entrega generosa de la vida en beneficio de los hermanos, en especial de los que sufren.

Pero también es cierto que, una persona en la actualidad teniendo en su concepción salvaguardar la vida creyendo en Dios a medias tintas, recurre al curandero milagroso, al taumaturgo, como se pensaba de Jesús que sólo era un hombre que tenía poderes y hacía milagros prodigiosos (cf. Mc 6, 1-2). Por ejemplo, en Marcos aparece Jesús con sus discípulos al curar en medio de la admiración de la gente. Por tanto, salud, discipulado y enfermedad nuevamente aparecen como lugar donde sucede el reino de Dios, ya que la verdadera taumaturgia de Jesús, en definitiva, se encontrará en la cruz, este signo de salvación como bandera de esperanza sobre el sufrimiento. Porque el Dios verdadero de toda divinidad y humanidad, ha sido tan semejante al ser humano que la mejor manera de sanar el dolor es entregando la vida, venciendo la muerte en la cruz.

Precisamente Eclesiástico 38 nos muestra una novedad sobre la relación entre ciencia y fe, entre salud y confianza en el único Dios salvador, entre la curación física y la espiritual, de tal modo que tengamos en cuenta que el reino de Dios no sólo es divino, sino también cotidianamente humano. Es decir, tanto en la enfermedad que hace parte de nuestras realidades intrínsecas: en la enfermedad catastrófica que causa daño a los órganos como el cáncer, en la enfermedad natural por vejez, en la muerte súbita causada por la enfermedad o por accidente, entre otras, se encuentra el Dios vivo sufriendo con nosotros (en griego *simpazein*). Para eso Cristo envió a sus discípulos, para sanar las heridas que no son sólo físicas, sino también de acompañamiento de la vida, entendiendo, por tanto, que el reino de Dios está ya presente en nosotros.

Por su parte el Nuevo Testamento también nos trae a colación, aparte de los signos, recursos externos a tener en cuenta en Jesús como Salvador quien utiliza de los mismos sentidos humanos reacciones curativas; Él no es propiamente un médico que diagnostica enfermedades y males para aplicar remedios caseros o adecuados, sino que, al ofrecer la salvación del reino de Dios, hace que la salud crezca en las personas y en toda la sociedad de tal manera que la persona tenga una experiencia de vida con Él, aunque la salud en Jesús se irradia en que la gente lo buscaba para sanar a los enfermos. Por un lado, los evangelistas insisten en que los enfermos no buscan a Jesús para aplicarse un remedio indicado por Él, sino más bien quieren tener un contacto con su persona: “Todos los que sufrían algún tormento se le echaban encima para tocarlo” (Mc 3, 10).

Los recursos externos utilizados por Jesús para curar con reacciones de los órganos de los sentidos son: la saliva (cf. Mc 7, 33; 8, 23; Jn 9, 6.14). Lo que importa no es el procedimiento con que Jesús sana sino la fuerza sanadora que sale de su poder y que irradia su persona. Es decir, Jesús sana desde su condición de Dios y de persona, no desde los recursos o remedios curativos. Jesús irradia salud desde la compasión que siente internamente desde sus entrañas, la misericordia que tiene por los enfermos le hace remover por dentro; es como cuando uno tiene una reacción de atragantamiento de garganta cuando se quiere llorar por un dolor emocional y buscar el medio de resolución para acompañar a quien sufre, que se mueve incluso la parte digestiva porque los órganos responden a patrones de comportamiento a partir, no de los sentimentalismos, sino desde los sentimientos (la compasión: *miserere* = miseria; *cordia* = corazón).

Por otro lado, está la palabra sanadora de Jesús (cf. Mt 8, 16; Mc 3, 5; Lc 17, 14, entre otros), o el gesto de la imposición de manos como signo para curar (cf. Mc 5, 23; 7, 32; Lc 13, 13) encarnando así su presencia sanadora desde su propia persona, es decir, la salud es el mismo Jesús. Como dice Pagola (2004), “los evangelistas llegan a hablar de “la fuerza sanadora” (*dinamys*) que salía de Jesús” (p. 43). El evangelista Mateo afirma: “Salía de Él una fuerza que sanaba a todos” (Lc 6, 19; Mc 5, 30). Vale la pena aclarar que esto podría remontarse a concepciones helénicas sobre las curaciones con fuerzas mágicas, pero no es el caso de Jesús, su fuerza que irradia salud y vida brota del poder del Espíritu Santo que lo habita para dar lugar al reino de Dios en quienes han de seguirle, lo afirma el Evangelio de Lucas en 1, 35; 4, 14 y Hch 10, 38: “ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo”; y si Jesús pasa haciendo el bien, anunciando la buena nueva del reino y sanando a todos, es por razón de su Espíritu.

Sus manos, parte fundamental del cuerpo humano con quien quiso compartir su semejanza, son bendición de Dios (cf. Mt 19, 13-15; Mc 10, 16); sus palabras “espíritu y vida” (Jn 6, 63), como lo afirmaba el Evangelio de este domingo 22 de agosto de 2021, XXI del Tiempo Ordinario en la liturgia de la Palabra de la Eucaristía, y en su acción sanadora se hace presente el Espíritu de Dios Padre unido al de su Hijo Jesucristo (cf. Mt 12, 28). Y si su Espíritu da vida es porque también actúa en nuestra carne que, como seres humanos podemos cuestionarnos sobre lo bueno y saludable que produce la Palabra del

Señor en nosotros para tener la fe de encontrar en Jesús vida eterna, al permitir que Jesús toque nuestra vida espiritual, nuestra alma y nos haga fuertes corporalmente para hacer el bien, como diría San Camilo de Lelis: “Piensa bien. Habla bien. Hazlo bien. Estas tres cosas, por la misericordia de Dios, harán que un hombre alcance el cielo” (Grandi, V., 1996, p. 150). Asimismo, el servicio a los enfermos es, como hemos visto, la obra específica preferida por el Salvador, la más alabada y la más valorada por Cristo de la vida de Dios, de la santidad: “Ve y haz tú lo mismo... Haz esto y vivirás” (cf. Lc 10, 28.37).

De esta manera contemplamos la vida y misión de Jesús en un apartado de Lc 10, 1-11: elige, designa, convoca, envía a cumplir el reino de Dios con los signos que acompañarán a sus verdaderos discípulos en favor de quienes sufren los males de enfermedad para dar lugar a la luz de la vida, ello evoca en nuestro corazón la acción de Jesús en su vida pública que celebramos eclesialmente en las treinta y tres semanas del Tiempo Ordinario: “Jesús recorría toda Galilea enseñando en las sinagogas, proclamando la Buena Noticia del Reino y sanando todas las enfermedades y dolencias de la gente” (cf. Mt 4, 23).

3. LA PASTORAL DE LA SALUD COMO FUENTE DE EVANGELIZACIÓN EN LA ASISTENCIA A LOS ENFERMOS DESDE EL ENVÍO DE JESÚS

Hasta aquí se ha realizado un análisis del pasaje de Lucas 10, 1-11, donde se habla acerca del llamado y elección de Jesús a sus discípulos y del envío a los setenta y dos junto con sus doce discípulos; de la experiencia que se ha de tener con Jesús como parte de la comunidad eclesial a partir del presupuesto de la respuesta al mandato a su imperativo de ir a sanar a los enfermos y liberar a los endemoniados; el fruto que se obtiene al estar con Jesús: vida eterna; la paz por la gracia de su Espíritu, además de lo que hay que hacer, en este caso específico: compartir la salvación de Cristo que, en definitiva, no deja de ser humana, ya que si Dios se encarnó en el seno de una virgen para habitar entre nosotros, ¿cómo seguir compartiendo su salvación? Haciendo sentir a los demás parte de su pueblo, de su reino que tiene lugar incluso en lo que se tiene por perdido: la esperanza, la vida misma, la perseverancia en la fe, que a fin de cuentas es frágilmente golpeada por la enfermedad.

Ahora bien, cada experiencia de vida con Dios en las personas para alcanzar la santidad a ejemplo de sus apóstoles, de san Camilo, y de otros que han atendido al llamado de Dios, es un camino de discipulado y apostolado en una misión específica: dar lugar a la salud o la salvación que ofrece Cristo en la enfermedad, en el pecado, en el dolor, en la muerte, conforme a su envío, no sólo a los discípulos, sino a setenta y dos más, y que esa simbología numérica representa un sin número de seguidores en un estilo de vida, a saber: la vida religiosa, el sacerdocio, el laicado y demás vocaciones ya sean profesionales que se deben traducir en servicio para con el prójimo, en nuestro caso del trabajo específico: el enfermo doliente; y para ello la Iglesia universal ha sido camino de acompañamiento en la Pastoral de la Salud para el enfermo y su familia; el proceso de duelo que se debe afrontar con esperanza y consuelo, y ello es convocado por Cristo: “Sanen a los enfermos y digan a su gente: el Reino de Dios ha venido a ustedes” (Lc 10, 11).

La Pastoral de la Salud como fuente discipular de evangelización para la asistencia a los enfermos desde el envío de Jesús se traduce en pastoral de vida y “es la acción evangelizadora de todo el pueblo de Dios, comprometido a promover, cuidar, defender y celebrar la vida, haciendo presente la misión liberadora y salvífica de Jesús en el mundo de la salud” (Tarrarán, A. – Calderón, I., 2019, p. 67). Además, es la respuesta como desafío para el ser humano ante los grandes interrogantes de la vida en temas sobre el sufrimiento, la enfermedad y la muerte, a la luz de la muerte y resurrección del Señor. Vimos en los subcapítulos anteriores cómo el Dios de la vida en su Hijo Jesucristo se ha apersonado del sufrimiento humano como presencia que acompaña para sanar y liberar, y así mismo envía que hagan lo mismo sus discípulos en el ejemplo de Lucas 10, 1-11; y que se ha hecho semejante al hombre.

El mundo de la salud y de la enfermedad como lugar donde sucede el reino de Dios significa pensar en los enfermos, en los débiles y en los pobres como centro de las preocupaciones del Señor y del compromiso de la Iglesia peregrinante a la espera de contemplar la vida eterna en la Jerusalén celestial (cf. Ap 21, 10-11). Esto implica también un compromiso con “un ambiente sano que promueva la vida integralmente, teniendo en cuenta que todo está conectado” (Francisco, 2015, p. 9), porque al llamar y elegir a la persona, Cristo no sólo envía a curar a los enfermos sino que nos trajo la salvación como un

nuevo modo de vivir: libre de la esclavitud del odio contra todo el entorno que nos rodea, el medio ambiente; el amor a la creación para vivir en “la gloriosa libertad de los hijos de Dios” (Rom 8, 21) y amar a los hermanos. Sólo así podremos dar lugar a que el reino de Dios suceda en la dificultad con amor y alegría.

Lo que nos da salud ante las enfermedades que no son sólo físicas sino del alma, como el rechazo al prójimo, el rencor, la discordia, entre otros, es vivir como vivió Cristo: en humildad, incluyendo también la alegría del compartir juntos como hermanos. Por eso el adagio “La paz empieza por casa”, y es en el hogar donde se deben crear lazos de hermandad para vivirlos con los demás. La paz es fruto del Espíritu y del amor de Cristo que comía con pecadores, familias como la de Betania, en casa del fariseo donde una mujer le enjuaga sus pies con perfume, para así poder ver el rostro de Cristo en aquel que tiene una necesidad de encontrarse con una mejor vida, dice el Documento de *Aparecida* (2007): “con entusiasmo de progresar, el gusto de trabajar y aprender, el gozo de servir a quien nos necesite, el contacto con la naturaleza, el entusiasmo de los proyectos comunitarios” (n356).

El mundo de la persona que afronta la situación de la enfermedad se torna frustrante ante la vida, colocando así a la persona en una crisis develada en todas las dimensiones de su ser. Lo que se encuentra en tela de juicio ante la enfermedad es el bienestar de la persona; se trata de múltiples pérdidas; sueños, proyectos, metas, seguridad, productividad, trabajo; autoestima; vínculos de afectividad; autosuficiencia, ya que si la persona ha sido activa en todo tiempo, siente derrumbársele su actividad diaria y sus conversiones. Todo enfermo tiene derecho a ser atendido en sus necesidades de orden espiritual, vividas y expresadas desde su cuerpo enfermo. En concreto, puede necesitar curar heridas que arrastra del pasado, descubrir sentido a la vida en su experiencia dolorosa, enfrentarse a sentimientos de culpa, abrirse confiadamente al misterio, entre otros (cf. Pagola, J. A. 1998, pp. 145-148).

El Padre Adriano Tarrarán e Isabel Calderón (2019) afirman, en el libro *Pastoral de la Salud – Pastoral de la Vida*, acerca de la crisis consigo mismo:

“Cuando la persona está sana se siente segura, fuerte y capaz de realizar sus planes y proyectos. Nadie como el enfermo hace experiencia, de un modo tan evidente y dramático, de su dependencia y limitación, de su fragilidad y vulnerabilidad, de su impotencia” (p. 33).

En cuanto a la crisis con los demás también dicen:

“La persona sana es una persona que elige sus relaciones en los diversos entornos de su vida: familia, amigos, trabajo, diversiones, etc. De improviso, con la enfermedad, este mundo relacional se ve afectado. Su nueva situación, su limitación obligan a la persona a encontrarse con rostros nuevos y situaciones desconocidas” (2019, p. 33).

De ahí que surge una barrera entre el enfermo y los demás, porque ya no se habla el mismo idioma. Es decir, cambia el entorno y el dinamismo del enfermo y de su semejante. El enfermo tiene dolor de valerse por sí mismo, de necesitar ayuda en todo, se siente marginado socialmente, no le apetece salir para que no le vean su rostro desgastado por la enfermedad; y, más aun, guarda silencio ante el advenimiento de la muerte, ya que no quiere causar dolor a sus familiares. Pero, como persona valiente y sujeto de enfrentar con fortaleza la vida, siente la necesidad de reconciliarse consigo mismo, con los otros y con Dios, pide perdón, quiere ser aceptado en su lucha diaria de que lo comprendan, no siendo el mismo de antes, para así despedirse de esta vida con paz (cf. Acevedo, G. citando a Víctor Frankl, 1996, p. 67).

También se enfrenta el enfermo con Dios ante los grandes interrogantes de la vida: ¿Por qué el dolor? ¿Por qué tanto sufrir? ¿Qué sentido tiene existir? Y de manera más subjetiva: “¿Por qué a mí?” (Pangrazzi, 1994, p. 33). La misericordia de Dios queda interrogada por el ser humano, además de interrogarse personalmente: ¿el por qué a mí me sucedió esta catástrofe de enfermedad? Con este último interrogante, en las páginas anteriores de este texto, vimos que habría que hacer un proceso de acompañamiento con el enfermo y su familia para descubrir el para qué de la situación: un gran cuestionamiento que ayuda a una conversión consigo mismo, con Dios y con los demás. Hay quienes a través de la enfermedad se hacen más fuertes, dejan el enojo seguido, ya no les interesa discutir con nadie si hay una injusticia incluso en su familia, porque van sintiendo otro camino de encuentro definitivo con Dios.

No obstante, para la Iglesia que camina peregrinante hacia la patria celestial, no todo está perdido, ya que siguiendo el mandato de Cristo a los apóstoles de curar a los enfermos, es papel fundamental de la comunidad cristiana realizar la tarea evangelizadora, la cual hace concreta la Palabra de Dios en el entorno familiar del enfermo, es decir, éste no está solo en su sufrimiento: tiene a Dios y a sus semejantes, y lo ideal para alcanzar la salud como salvación del reino de Dios aun sufriendo la enfermedad es estar en paz consigo mismo, con su familia y con quienes le rodean. Sin embargo, algunos miembros de la familia pueden experimentar sentimientos de rabia, rebeldía o angustia, pero está en el corazón del verdadero discípulo, buscar la unión familiar del enfermo para que haya lazos de amor, de comprensión y, por ende, se vislumbre el reino de Dios presente en la tierra.

4. CONCLUSIONES

Así pues, haciendo un balance de lo trabajado en el texto que nos dio a conocer la realidad de la salud y de la enfermedad como lugares donde el reino de Dios y su misericordia se hacen patentes, se tiene en cuenta cada uno de los capítulos que componen esta reflexión sobre Jesús designando a los setenta y dos; a sus discípulos, para dejar por legado seguir trabajando en su reino, seguir construyendo la ciudad en la tierra para alcanzar la ciudad celestial, la nueva Jerusalén que invita a contemplar el rostro de Dios (cf. Ap 21, 2-4).

A la luz de lo dicho hasta aquí se puede decir que ante las situaciones de enfermedad Jesús quiere la salud integral para el género humano cuya salvación no es aislada sino en comunidad; que la enfermedad es una situación latente y que es una crisis que se experimenta para acercarse a Dios y pedir la curación de la vida en todo aspecto. Así, la respuesta del verdadero discípulo ante el poder de curar a través de la escucha y el consuelo, se convierte en testimonio de que en el mundo de la salud y el talón de Aquiles de la enfermedad acontece el reino de Dios y su justicia, entendiéndose esta última como el recibimiento final de la vida que, de hecho, no termina, sino que creyendo en Él ella se transforma cuando el sufrimiento es totalmente alcanzado por la muerte; y al deshacerse nuestra morada terrenal, Dios nos prepara una morada eterna en el cielo (cf. Misal Romano,

1969-2008, p. 422) donde hay vida eterna después del tullimiento de la enfermedad que destruye la fragilidad humana.

Se evidenció el contexto histórico de la enfermedad en cuanto a la concepción de la época en la Historia de la Salvación como consecuencia del pecado y la contraposición liberadora de Jesús que es parte natural de la vida, además de que también la enfermedad participa de la redención porque el ser humano es salvado completamente incluso de su sufrimiento. Por tanto, no es una parte de su existencia sino toda ella la que participa del misterio de Cristo en quien nuestros cuerpos mortales compartirán un día la misma condición gloriosa de su resurrección y de su naturaleza divina. De este modo, se vio también que en la persona de Jesús, y no sólo en los signos que realizó con los órganos de los sentidos, lo que se denominó recursos externos durante la reflexión utilizados para curar, en su vivencia del reino, Dios es presencia ante los creyentes y ante todos los hombres de buena voluntad con la esperanzadora posibilidad de dar sentido a la vida, a la muerte, al dolor y a la enfermedad en el mundo de la salud, además de saber que esa misma salud es la persona divina y humana de Jesús.

El propósito de esta reflexión fue considerar desde otra perspectiva el sufrimiento y la enfermedad, en el sentido que Jesús siendo Dios aparece con el arma victoriosa de su cruz como lugar de esperanza, como clave de lectura pascual de toda dificultad y limitación humana causada por el sufrimiento para ayudarnos a encontrar la alegría de sentirse llamados, comprometidos con el reino y alegres de vivir en Dios (cf. Jn 4, 46-54; Lc 7, 1-10; Jn 9, 1-41; *Salvifici Doloris* 14-18). Así como la enfermedad es un camino para encontrar la luz del reino de Dios:

La cruz es, pues, no sólo lugar de tortura y dolor, en Jesús adquiere otra dimensión: es el árbol de la vida, de la esperanza en el dolor y en el sufrimiento, le da una salida en el amor y la entrega. La Resurrección ilumina la cruz, da sentido al sufrimiento de Cristo y a todos los sufrimientos humanos” (Tarrarán, A. – Calderón, I., 2019, p. 103).

Finalmente, aparte de constatar que la enfermedad ha sido real en todos los contextos de la vida: Biblia y la vida actual, y, adicionalmente amenazada por una nueva pandemia, se deja en el corazón de cada uno que la evangelización es tarea de todos y tiene como fuente principal el mandato de Cristo a sus discípulos de continuar con la acción

curativa del reino de Dios: “Cuando entren en una ciudad curen a sus enfermos y díganles: el Reino de Dios está llegando a ustedes” (Lc 10, 8-9). Recordemos pues que el texto base de esta reflexión no es un texto aislado, en él hay una intención: mostrar la sanación en los Evangelios como horizonte y contenido de la acción evangelizadora (cf. Mt 10, 7-8; Lc 10, 8-9; Mc 16, 15-18). Por consiguiente, Jesús vincula estrechamente la predicación misionera y la tarea sanadora de los discípulos: “Los envió a proclamar el Reino de Dios y a sanar” (Lc 9, 2; 9, 10). Vale la pena atender al envío de Jesús y a la vez preguntarse, ¿cómo le estamos respondiendo? Cada día los hechos hablan para dar respuesta a nuestro camino de conversión.

Así pues, para reflexionar con el alma y el corazón sobre la salud y la enfermedad en nuestro diario vivir, te regalo esta oración bíblica en Eclesiástico 38 para “ser personas que sanan tantas heridas, en medio de tanto sufrimiento y angustia” (S.S. Francisco, citado por Tarrarán, A., 2021, p. 22):

Honra al médico por los servicios que presta,
que también a él lo creó el Señor.
Del Altísimo viene la curación,
del Rey se reciben las dádivas.

La ciencia del médico le hace caminar con la cabeza alta,
y es admirado por los poderosos.

El Señor ha creado medicinas en la tierra,
y el hombre prudente no las desprecia.
¿Acaso no endulzó el agua con un leño,
para que se conociera su poder?

Él es quien da a los hombres la ciencia,
para que lo glorifiquen por sus maravillas.

Con las medicinas el médico cura y elimina el sufrimiento,
con ellas el farmacéutico prepara sus mezclas.

Y así nunca se acaban sus obras,
y de él procede la paz para toda la tierra.
Hijo, en tu enfermedad, no te desanimas,

sino ruega al Señor, que Él te curará.
Aparta tus faltas, corrige tus acciones,
y purifica tu corazón de todo pecado.
Ofrece incienso, un memorial de flor de harina
y ofrendas generosas según tus medios.
Luego recurre al médico, pues el Señor también lo ha creado;
que no se aparte de tu lado, pues lo necesitas,
hay momentos en que la solución está en sus manos.
También ellos rezan al Señor,
para que les conceda poder aliviar el dolor,
curar la enfermedad y salvar tu vida.

5. BIBLIOGRAFÍA

- Acevedo, G. (1996). *El modo humano de enfermar*. Editorial y Distribuidora S.A. Buenos Aires: Fundación Argentina de Logoterapia.
- Biblia de Jerusalén* (1998). Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Biblia Latinoamérica* (2005). Editorial Verbo Divino.
- CELAM (Consejo Episcopal Latinoamericano. Departamento de Justicia y Solidaridad). *Pastoral de la Salud. Guía para América Latina y el Caribe*. Centro Camiliano de Humanización y Pastoral de la Salud. Bogotá: Colombia.
- V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe (2007). *Discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en Él tengan vida “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida” (Jn 16, 14). Documento conclusivo Aparecida*. CELAM, Bogotá: Colombia.
- Grandi, V. (1996). *Espiritualidad Camiliana*. Centro Camiliano de Humanización y Pastoral de la Salud. Bogotá: Colombia.
- Guerro, A. (2016). *Dolor y sufrimiento humanos. Un desafío a Dios y un desafío al hombre*. ARS MÉDICA Revista de Ciencias Médicas: Chile. [file:///C:/Users/Olga%20Patricia%20Motta/Downloads/Dolor_y_sufrimiento_humanos_Un_desafio_a_Dios_y_un%20\(1\).pdf](file:///C:/Users/Olga%20Patricia%20Motta/Downloads/Dolor_y_sufrimiento_humanos_Un_desafio_a_Dios_y_un%20(1).pdf) (Rescatado el 23 de agosto de 2021 11:50 AM).

Pablo VI (1969) – S. Juan Pablo II (2008). *Misal Romano*. Conferencia Episcopal de Colombia. Bogotá: Colombia.

Pagola, J. A. (1998). *Hacia una asistencia holística: Dolentium Hominum 37*. Editorial y Distribuidora S.A. Madrid: España.

Pagola, J. A. (2004). *Id y curad. Evangelizar el mundo de la salud y la enfermedad*. Editorial y Distribuidora S.A. Madrid: España.

Pangrazzi, A. (1994). *¿Por qué a mí? El lenguaje sobre el sufrimiento*. Editorial San Pablo. Madrid: España.

S.S. Francisco (2015), *Carta enc. Laudato Si' Sobre el cuidado de la casa común*. https://www.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20150524_enciclica-laudato-si.html (Rescatado el 24 de agosto de 2021 8:50 PM).

S. Juan Pablo II (1984). *Salvifici Doloris*.

Tarrarán, A. (2021). *Fraternidad*. Revista de la Oficina Arquidiocesana de Comunicaciones. Bogotá: Colombia.

Tarrarán, A. – Calderón, I. (2019). *Pastoral de la Salud – Pastoral de la Vida*. Centro Camiliano de Humanización y Pastoral de la Salud. Bogotá: Colombia.